

Después del almuerzo, que se hizo á hora avanzada y que la pequeña Martita alegró con sus graciosas travesuras, salió Dayel, previniendo á su mujer que volvería tarde. Pasó el día recorriendo todo un rincón inexplorado de la campiña parisiense : fué el día en que compró la casita de Lisé, la *Casa de las Rosas*.

Y á la noche, durante la comida, como Marta le interrogara zalamera y curiosa :

— El último de Abril, dijo él, levantamos los reales. He encontrado tu casita ideal.

— ¡Juan!

— En Lisé; lo suficiente lejos para olvidar todo lo que no sea nosotros, Marta.

— Pero ¿y la costa?... ¿la invitación de Antoc?... ¿La colaboración?...

— No es óbice, querida. En junio iremos allá : será también una distracción para tí; un gran bien para la salud de mis dos Martitas.

Fué una nueva fiesta su instalación en Lisé, en un paisaje de idilio.

Dayel había amueblado coquetamente las habitaciones con muebles claros y alegres, de un modernismo sencillo; y para Marta fué una sorpresa esta ingeniosidad de Juan, que le demostraba una vez más el constante verdor de su cariño, afirmado por constantes esfuerzos para agradarla.

En aquellos bellos paisajes, empezó una nueva fase de su amor, entre la florida alegría del verano renaciente y el placer de una intimidad más estrecha en aquella relativa soledad. Era la casita de los dos, en que todo parecía acogerlos gozosamente, en un ambiente de exquisito amor, cuya tranquilidad contrastaba con las agitaciones del último invierno de París.

Roberto Antoc vino varias veces á visitarlos, pasando con ellos el día entero. Estaba trabajando

activamente en su drama, que contaba, con su acostumbrado lirismo exuberante, en calurosas y exaltadas frases. Á cada visita renovaba su invitación para la costa donde ofreció alquilarles un hotel próximo al suyo, y que ellos encontrarían ya preparado para recibirles.

Á Marta la entusiasmaba. Nunca había visto el mar. Había vivido sin salir de París más que en cortas excursiones por los alrededores.

Dayel puso en orden sus asuntos de la capital.

Una esquila de Roberto Antoc les hizo saber que había alquilado para ellos un chalet, Las Madreselvas, próximo á su villa, situado sobre las rocas, no lejos de la iglesia de Criquebœuf, silenciosa bajo su yedra.

Y partieron una mañana. Martita, la segunda, piaba como un polluelo en brazos de su madre, y saltaba alegrilla por los asientos del vagón. Y madre y niña, pudieron, al salir de la estación, gozar el deslumbrante panorama de rocas y olas heridas por el sol poniente, el encanto de la carretera entre los setos, de los campos salpicados de villas, y de las praderas á lo largo de los acantilados, que, coronados de espinos, cairelaban caprichosamente, según las perspectivas del camino, el azul del mar y el del cielo confundidos en el horizonte.

Roberto Antoc invitó á comer á Dayel y á las dos

Martas; y como la primer noche de su relación, habló brillantemente, describiendo con sonora voz, las cosas que había visto en el curso de su vida bohemia. Madame Antoc una excelente mujer á quien el poeta se había unido en uno de esos momentos de lasitud, en que se anhela la tranquilidad en un nido de abnegación y cariño, había acogido á madame Dayel cordialmente, colmando al músico de humildes cumplidos. Había sido hermosa; pero, grises ya sus cabellos y apuntando el azul en sus marchitas mejillas, se resignaba al papel subalterno de conyugal servidora del poeta, á quien seguía admirando, siempre cariñosa y sumisa, á pesar de las frecuentes y bruscas fugas de su señor.

En familia, rodeado de sus niños y de sus amigos, Roberto Antoc llenaba el doble papel de padre y de huésped, dividiendo su atención entre su hijo, su hijita y los Dayel. Con su melnuda cabeza, sus ojazos de gitano, su barba asiria, y su metálica voz que se suavizaba en tiernas modulaciones, parecía un bohemio, que, cansado de aventuras, se hubiera hecho al fin sedentario, en el seno de su familia, paternal y cariñoso.

Animosamente orgulloso de haber sido elegido por el célebre poeta para escribir la música de su drama, entusiasmado con este trabajo que debía ser para él decisivo para realzar su fama y elevarle á la par de los primeros compositores de su tiempo; Dayel se puso á la obra, agitado por la inspiración y por el miedo al mismo tiempo ante la nueva tarea, temeroso de no llegar á la perfección necesaria. En las horas de descanso, se daba á pasear, después del baño matinal, recorriendo los caminos, ó divagando, ya solo, ya con Marta, por las crestas de los rocas.

Otras veces salían Antoc y él, al alba, y hacían excursiones ó paseos por mar, conducidos por marineros amigos del poeta, porque aquel juglar celoso de su gloria y su leyenda, se había dado siempre al trato de los vagabundos del mar como en tierra al de los golfos de los caminos y las calles.

Y sobre las ondas, trabábanse ambos artistas en largas y apasionadas pláticas: los dos gustaban de los ritmos largos, de la cantante melodía de los retóricos y de los músicos.

La Waina (tal era el título del drama) pintaba los sufrimientos de un príncipe hindu arrancado por la guerra sagrada al amor de la cortesana Waina; lucha terrible entre su deber de noble y de patriota y su pasión sensual y mística á la vez, en que la sacerdotisa tenía tanta parte como la mujer, y que aparecía, en una aureola de amor y devoción, como hierática y sacerdotal enamorada.

Para unirse á su real amante y sustraerse á las reglas de su casta, que le prohibían guardar una pureza odiosa á la divinidad, Waina recorría, á través de los más graves peligros y bajo diversos disfraces, de mendiga, de princesa ..., las provincias devastadas; alcanzaba á Shindra, su amante, y le guiaba á la victoria, usando de sus encantamientos para entregar en manos de los insurgentes al jefe enemigo.

En el último acto triunfaba Sindhra, para reinar sobre su pueblo vencedor, y ofrecía su corona y su amor á la cortesana; pero ella rechazaba este deseo, rehusando abdicar su poder de sacerdotisa inspirada y santa, á cambio de la humana realeza, que sería para ella un estado inferior.

En sonoros versos, Waina suplicaba á su amante

que la desterrase entre las sacerdotisas cortesanas, sacrificando el poder que le ofrecía, á su condición casi divina, que había hecho de él un libertador y místico enamorado, temerosa al mismo tiempo del trono que desviaría de ella á su amante. De este modo, Sindhra conservaría de ella un recuerdo nunca amargado por el pesar.

Para esta historia en que se mezclaban la pasión, el heroísmo y el sacrificio exigido por la incesante aspiración á ideales goces, el músico escribiría melodías voluptuosas y tiernas, tristes ó alegres, según las fases de la obra.

Seducía además á Dayel el exotismo del medio ambiente, que autorizaba novedades de ritmo y toda clase de atrevimientos; envueltos en armónicas melodías, podría desenvolver temas osados y guerreros, hacer vibrar en el auditorio, emociones místicas, legendarias, ya arrulladoras, ya apasionadas, ya de consuelo, entrecortadas por músicas y danzas rebosantes de originalidad.

Cada día, á la hora en que cedía el calor, ó se hacía menos cegadora la luz, el músico se afanaba en su tarea, febriciente, buscando el alma de una Waina y de un príncipe jamás soñados, desbordantes de lirismo y de pasión, de penas y alegrías sucesivas, hasta llegar al triunfo final, en cuya gloria cantaría el dolor de las caricias perdidas.

XIII

Madame Dayel pasaba la mayor parte de sus días á la orilla del mar, que encantaba á su hija. La niña estaba gozosa de tener compañeros de su edad. Una era Djineta. Roberto Antoc había conservado de su vida nómada la afición á los nombres exóticos y sonoros. El hijo del poeta se llamaba Sahib.

Instalábase la Dayel al lado de madame Antoc, bajo la tienda blanca rayada de azul, y juntas bordaban, trabajaban en pequeñas labores, mientras los niños retozaban alegres en la arena, y buscaban conchas ó animalillos que se enseñaban unos á otros, lanzando gritos de júbilo.

Por lo demás, la buena de madame Antoc no ofrecía á la Dayel grandes recursos de conversación. La absorbían los cuidados de la casa, los incesantes encargos de su marido, sus manías de poeta, el cual, muy bohemio para el público pero

muy amante del orden: en su casa, exigía imperiosamente una puntualidad burguesa en todas las cosas y de parte de todas las personas que le rodeaban. Vivía exclusivamente preocupada por sus chicos y por su marido, que era el que daba más guerra y el más atendido; á estos cuidados se reducía toda la existencia de aquella pobre mujer, que sin salir del vulgo y perdida ya la belleza, era mirada con desprecio por el poeta de los ganapanes, de los golfos y vagabundos, que la toleraba como se tolera un antiguo sirviente, que á pesar de los continuos desaires recibidos no deja de ser el más fiel y abnegado.

Cuando Marta se cansaba de aquella tranquilidad, se divertía en jugar con su niña, la paseaba á lo largo de la playa ó por las rocas, gozando con las ocurrencias de la chiquilla, con su admiración ante los inmensos horizontes y los grandiosos espectáculos que desfilaban ante sus ojos de maravillada.

La gran diversión de ambas, tan rubia y tan pueril una como otra, era la hora del baño: juntas jugaban chapoteando en el agua; Marta sostenía á flote la cabeza de la niña, y ella se agitaba golpeando el agua con las manos para salpicar á su madre, riendo cuando la había rociado.

— ¡Qué bonita eres! mamá, decía. Pareces una maga en una lluvia de perlas.

Dayel se absorbía cada vez más en la obra comenzada. Vivía con la imaginación en el país en que se desarrollaba la acción de su drama, rebuscando en los libros restos de las melodías guerreras ó eróticas de los antiguos hindus. Quería impregnarse del espíritu místico de aquellos pueblos, y trataba de figurarse el ardiente sol de aquellas comarcas, para expresar en ritmos su fuego. Apasionado por los esplendores que debían colorear sus musicales frases, soñaba en asociar á los sonoros versos de su amigo, á las amorosas palabras de los héroes y heroínas, las armónicas vibraciones de los instrumentos para seducir á los oyentes, para elevar sus almas á las sublimes comprensiones de la abnegación personal.

Trabajaba por las mañanas, levantándose muy temprano, y no interrumpía su tarea, sino en el momento en que su querida Marta entraba en el salón, le sorprendía al piano, tan absorto que ni siquiera oía rechinar la cerradura, y, con un beso, le despertaba del ensueño á que le llevaba la inspiración.

Á veces era la niña la primera que venía á interrumpirle; saltaba á su cuello, rompiendo un acorde con brusco ademán. Entonces bajaban juntos hasta la playa, y el baño tonificaba los sobreexcitados nervios de Dayel.

Luego, vuelta á casa la niña ó confiada á madame

Antoc, daban ambos esposos largos paseos á la orilla del mar, inmenso espejo glauco salpicado de sombra por el vuelo de las gaviotas y peces voladores, infatigables viajeros ebrios de espacio, de esmeralda y azur.

Gozaban en irse lejos de la empalizada en que se aglomeraban los bañistas, para poder y hablar y criticar libremente, y volver á la marea baja, juntos como dos recién casados, siempre enamorados uno de otro. Se aventuraban como muchachos á escalar las resbaladizas rocas, trepando á los acantilados por senderos en que sólo se arriesgaban chiquillos inconscientes, pastores y cabras golosas de los pastos salados.

Se reían de su torpeza; cuando el camino se estrechaba entre las rocas, marchaban juntos, amorosamente ceñidos; cuando grandes obstáculos les salían al paso, él la alzaba en alto, contra su pecho.

Otras veces se perdían por los senderos, entre los setos de espinos, cuyas rojas bayas maduraban en la sombría verdura, enlazándose con las flores de los rosales silvestres, blancas y rosadas, cuyos pétalos alfombraban la cuneta y el césped de los ribazos.

Juan gozaba con estos paseos matinales dados antes del almuerzo, que seguía en la alegría de luz del comedor de su villa, ó en casa de Antoc en la

animación de la gran mesa, entre las calurosas discusiones sobre arte ó artistas, y las ocurrencias y querellas de los niños, pronto apaciguadas por una palabra del padre.

Cuando al regreso, Marta y Juan, desembocaban de entre los bosques ú ocultos caminos, se veían deslumbrados ante la brillante superficie de esmeralda unos días, azul otros, de un azul que se confundía con el cielo; una apoteosis del azul moteado por la encendida púrpura de las lejanas velas triangulares de las lanchas pescadoras, parecidas á inmensas aves blancas ó rojas rasando el mar, y cuyo cuerpo se adivinaba apenas bajo las largas alas desplegadas.

La luz del mediodía inundaba los hendidos acantilados, lentamente derruidos por el embate de las mareas, que los asaltaban con rudos choques, arrancándoles bloques de piedra.

Permanecían absortos ante la magnificencia de los espectáculos que se ofrecían á sus ojos, deslumbrados por los luminosos reflejos del agua al estrellarse contra las rocas en cascadas de espuma. Contemplaban las olas cuyas crestas se deshacían en lluvia, que irisaba el sol policromándola con todos los colores del prisma; mirábanla caer como torrente de piedras preciosas sobre las parduscas rocas á las cuales tejían las algas sombrías cabelleras, encuadrando las caras de inmóviles mons-

truos que el acaso y la intemperie esculpían á través de los siglos en el granito.

Tras ellos se escalonaban las colinas : á la derecha la aldea, encaramada sobre los acantilados, con sus casitas blancas y bajas, de ventanas encuadradas en marcos de madera pintada, y, dominándolas, el macizo edificio del ayuntamiento y la gótica iglesia alzada en el repliegue de un camino. Por las escasas y enmarañadas calles, estrechadas entre la carretera y el mar, discurrían viejas, cuyas rugosas caras asomaban entre las alas de sus grandes papalinas blancas, y hombres de blusa empujando sus carretillas y deteniéndose en las puertas para ofrecer verduras y frutas á la colonia veraniega. Lecheras campesinas con grandes capas negras, franjeadas de raído terciopelo, ó en arcaicos trajes de colores chillones, guiaban carrioches cargados de tarros de estaño, manteca en libras, preparada aquella mañana y envuelta en verdes hojas, una cesta de embadurnados huesos, verduras, y flores.

En lo alto de la aldea, se veía el lavadero, lleno de animación á aquella hora en que las mujeres reunían y cargaban sobre sus espaldas la ropa lavada del día. Marineros, en espesas tricotas de lana azul, permanecían ante las puertas, gozando su pereza de un día.

Más allá, más arriba, las colinas bañadas de

luz resplandecían de oro y verde claro, que tachonaban de pardo las hojas quemadas por el sol : la luz, filtrando sus rayos entre el ramaje, hacía rutilar como metal candente la corteza de los abedules, álamos y chopos que se alzaban al borde de los arroyos, marcando su zigzag á través del campo.

Luego los cultivos se sucedían en hazas verdes, pardas, rojas ó amarillas en que pululaban los paisanos, minúsculos en su lejanía, encorvados sobre el terruño ó moviéndose junto á sus yuntas que parecían, á distancia, juguetes de niños.

— ¡La vida ! — exclamó Juan un día en que el espectáculo aparecía á sus ojos con mayor magnificencia, — ¡ la vida de los seres y de las cosas, que viven también su vida, animados por la luz ! ¡ Convertirlo todo en notas, traducir en sonidos tanta belleza, y hacerte á tí, querida, homenaje de mi obra maestra !

— ¡Valor, Juan ! Tú vas por el buen camino, rubio mío.

Á la vuelta, mientras bajaban la rampa que conducía á la playa, — pues debían atravesar por ésta para regresar á la Villa de las Madreselvas, vieron un grupo de marineros que charlaba junto á unos botes tumbados quilla arriba. Un hombretón pelirrojo, que mascaba la boquilla de una corta pipa negra, entre sus dientes desportillados, dijo, bastante alto para que Marta y Dayel pudieran oírle :

— Yo creo que el Sr. Antoc conoce el mar bastante mejor que un parisiense, y que se le puede confiar la barca. Es fuerte y sabe gobernar...

Y Marta, la bella rubia, pensó que, con efecto, Antoc era fuerte. Era bello como uno de esos lobos de mar que afrontan las olas y la sonora cólera de los vientos. Resonaron en ella frases de las prestigiosas narraciones que él sabía tejer y en las cuales procuraba aparecer como héroe. Sin darse cuenta, ella admiraba al maestro, con esa admiración temerosa que sienten los débiles por los que las fascinan y turban.

Recordó su estremecimiento la primer noche, en el baile de la Ópera, cuando los ojos negros del poeta trataban de desvelar sus rasgos bajo el antifaz; pero ya tranquilizada, sintió ganas de reír, al verle, en la memoria, paseando á Djineta y á Sahib, con atenciones de padre cariñoso, feliz y lleno de orgullo, al mostrarse así, arrogante, al lado de aquellas gracias infantiles.

XIV

Madame Dayel no se daba exacta cuenta de las sensaciones que despertaban en ella los ojos de Roberto Antoc. El poeta la fascinaba con sus ardientes y descriptivas frases; ella no podía menos de seguir cada una de las actitudes que él tomaba al contar sus aventuras, á veces inverosímiles é imaginarias, sus locas tunas á través del mundo bohemio, sus viajes y sus hazañas.

Parecía una especie de héroe perdido en su siglo, parecido á los grandiosos caballeros cuyos altos hechos brillan en las crónicas del pasado. Además, la celebridad á que había llegado le aureolaba con una corona ideal. Para Marta era uno de los más grandes poetas de su tiempo; uno de los que más intensamente habían hecho vibrar en sus versos la pasión, la locura de amor; era un cultivador de flores raras y sensuales, cuyo per-

fume la iba embriagando, sin darse ella cuenta de la turbación.

Durante las veladas que ella y su marido pasaban con frecuencia en la villa del poeta, la linda rubia escuchaba á Roberto Antoc sin cansarse de las rimbombantes frases de sus narraciones, sin perder uno de los cambios de su fisonomía varonil, de los pintorescos ademanes con que acompañaba sus palabras, rutilantes de color como abalorios.

Juan Dayel no notaba la influencia que estaba sufriendo su mujer. Antes la amaba quizás más que nunca, porque era de los que se prendan con tanta mayor fuerza, cuanto más han podido apreciar las cualidades del ser preferido, de los que graban cada vez más profundas en su alma las sensaciones que les hicieron un tiempo felices.

Jamás se le habría ocurrido alarmarse por el amor de Marta, seguro de que ella le quería como él la adoraba, serena y noblemente. El modo de ser de Dayel le impedía imaginar en otros un mal por él no concebido : gustaba reflejarse en sus afecciones, prestando á los demás sus propios sentimientos. Sus amistades y sus admiraciones, forjábanlas según él era ; en los demás amaba los sentimientos parecidos á los propios, ó las concepciones que creía superiores y que hubiera deseado por suyos.

Con frecuencia, cuando la Antoc se había retirado y los niños dormían hacía tiempo en sus alcobas, los dos amigos se quedaban solos con Marta, que bordaba á la luz de la lámpara. Y hablaban largo tiempo, indefinidamente, sin darse cuenta de la hora. Á Dayel le encantaban estas largas veladas, y no se cansaba de escuchar á su amigo exponer teorías, gozaba en oírle describir, con aquel lenguaje lleno de imágenes, los países que había atravesado, enamorado de los cuadros grandiosos, ebrio de color. Marta se abandonaba al encanto de aquellas sugestivas conversaciones, emocionándose con las peripecias que oía contar, como una niña escucha, atenta y conmovida, los episodios de las leyendas heroicas, pobladas de caballeros bienhechores ó malvados.

Dayel admiraba á Antoc hasta tal punto que, mudo desde que el poeta abría los labios, se encontraba á sí mismo deslucido y desairado, prosaico al lado de aquella suntuosa elocuencia que le impresionaba vivamente. Sentíase humilde, como un pobre pinzón al lado de un ruiseñor orgulloso, que era el poeta.

Quizás también, convertido su amor en hábito, se ocupaba menos de su adorada Marta, pero sin darse cuenta, porque su labor cerebral, la perpetua obsesión del ritmo, la preocupación del poema á que debía ligar estrechamente su música, le impe-

día hablar continuamente con ella, dedicársele como en el tiempo de su intimidad exclusiva.

Antes vivían únicamente uno para otro, y atravesaban la existencia como quien visita y explora un país en que nadie le conoce, en que ningún habitante le interesa separado del conjunto. Ahora había entre sus almas y sus personas otros seres mezclados á su propia vida, y, á través de sus pensamientos pasaban otros pensamientos que no eran únicamente los suyos, destruyendo el exclusivo dúo de su cántico interior.

En la fiebre de amistad, de admiración, y de trabajo á la vez, de que Juan Dayel se hallaba poseído, no podía separar la personalidad de Antoc, ni como hombre ni como poeta, de la germinación de su obra común. Mentaba á su amigo á todas horas, hablaba á Marta de sus conversaciones, de sus frases, de su sencillez, de todas las cualidades que él le atribuía.

Sentíase, en verdad, lleno de gran orgullo al pensar que el Triunfador quería asociarle á su próxima victoria. Ya no dudaba como antes, cuando desesperaba de salir del rango que la opinión parisiense le había asignado; ya era algo más que el compositor popular que agitaba sus cascabeles sobre la loca muchedumbre; de un salto iba á escalar las cimas del gran arte, que alcanzaría — estaba ahora seguro — impulsado por la ins-

piración, por el genio, de que se figuraba por momentos estar poseído.

En aquellas veladas que presidía así Roberto Antoc, seduciendo á Marta y su marido con su inagotable facundia, ella permanecía silenciosa y atenta, sin perder palabra de los discursos del poeta. Á veces desaparecía Dayel de su pensamiento, y, ante los ojos de la joven, se alzaba solo Antoc, magnífico y elocuente. Para ella describía las peregrinas peripecias de sus amores, con una bohemia; para ella aquel luchador (enfático y maestro en el urdir), contaba con soberbias frases, sus pasadas angustias y alegrías, las dificultades que había debido vencer para llegar á la gloria definitiva, al bienestar y al trabajo tranquilo, antes de ver en el éxito segura recompensa de sus esfuerzos. Para ella recordaba, con una franqueza que Marta le agradecía, ruidosas anécdotas, locuras de amor que calificaba de vanas y huera, como temiendo con ellas darle celos.

En la relación de sus antiguas pasiones y de sus decadencias, esforzábese en mostrar el ideal que en ellas buscara inútilmente. Manifestaba el sueño de toda su vida: unirse con una mujer que fuera su musa, en la cual pudiera encarnar toda la belleza que concebía, y lo bastante inteligente para no desmentir el ideal que en ella hubiese colocado.

El poeta había sido — pensaba Marta — el juguete y la víctima de las sucesivas ilusiones que se había forjado; había perseguido constantemente, á través de sus más infaustas tentativas, la quimérica pasión que soñaba, sin hallar jamás en las mujeres que amara, la belleza, moral y física á un mismo tiempo, por él anhelada. Ella compadecía sinceramente, aquella alma llena de ternura, siempre exuberante y lastimada por decepciones, tanto más amargas cuanto con más frecuencia se habían renovado. Y se indignaba con las que no habían sabido comprender en seguida toda la grandeza de aquel hombre, rehusándose al papel que les asignaba su genio. Admiraba la obra del poeta y del dramaturgo, é identificaba á Antoc con aquéllos de sus héroes que ella prefería.

Hubiera querido consolarle de las tristezas del pasado: fascinada, ya no sentía aquella turbación, aquel malestar que le causaba la presencia del poeta y la agudeza de su mirada en los primeros tiempos de su amistad. Le juzgaba dulce y fuerte, como á esos atletas, que desde que dejan de pisar la arena, aparecen tímidos, dispuestos á proteger á los débiles, á quienes menosprecian algo, pero sintiendo por ellos una infinita piedad prestos siempre á socorrerlos.

Era un luchador, un bravo guerrero, aquel conquistador caballeresco, siempre aprestado al com-

bate por las esperanzas de justicia que formaban su ideal. Ella amaba su indignación ante las mezquindades y villanías humanas, y le entusiasmaba verle conocedor de su propia fuerza, vanagloriándose de estar seguro de sí. Las debilidades que él confesaba francamente, sus rarezas de carácter y hasta de procederes, parecían á Marta originalidades dignas de alabanza; no podía ser igual á los demás hombres, él que tanto había sufrido de la vida, para quien el triunfo no había venido, sino después de haber derrochado en talento y en placer lo mejor de su alma.

Ella olvidaba las fugas posteriores al matrimonio, el abandono, el desamparo en que por dos veces había dejado á los suyos, á su mujer cuyo humilde y sumiso papel quedaba en la sombra, porque aquella admirable abnegada encontraba lo más natural su constante abnegación.

Así, Marta se había creado del poeta una imagen conforme á la idea que él mismo, tan gran retórico como comediante, quería dar de su carácter. Pensaba sin cesar en el escritor, sin darse cuenta de su preocupación constante, del ascendiente que Roberto Antoc ejercía sobre ella. Víctima del encanto, no sospechaba la pobre criatura á qué punto se hallaba poseída por él.

Aquella tarde, Marta y su marido habían comido

en casa de los Atonc en familia. Los niños habían dado durante el día un largo paseo; y Djineta, la niña del vate, morena de ojos de diamante negro, charlaba como una cotorra sobre la excursión, con gran caudal de esas infantiles frases tan intensamente descriptivas.

Se lamentaba de haber tenido que regresar antes de tiempo, á causa de las nubes que se amontonaban en el horizonte amenazando chubasco; y preguntaba mostrando sobre el mar, por la ventana entreabierta, otras nubes más próximas:

— ¿Verdad, papá, que las nubes son las que tapan el cielo de la lluvia? Cuando el viento las vuelca, entonces la lluvia cae.

— Sí, respondía el padre riendo. Sí, Djineta: el viento las vuelca para castigar á los hombres, cuando no son buenos.

Madame Antoc, después de acostar á los niños, había vuelto al salón y se había despedido muy temprano de sus huéspedes. La buena mujer estaba cansada y renunciaba de buena gana á una conversación que apenas entendía y de la cual lo único que le interesaba era la vanidad de su marido. Sintiendo que su presencia pesaba á veces á Roberto Antoc, prefería esquivarse, y retirarse á sus solas desde que había terminado la tarea cotidiana y el papel de madre-sirviente, que se había impuesto,

el único en que ella se encontraba superior, en que no se sentía humillada.

Dayel hablaba, naturalmente, de su obra común, *La Waina*, repitiendo los pasajes del drama, sobre todo los apasionados versos de la sacerdotisa cortesana, cuando encuentra de nuevo á su amante; sentado al piano, daba la espalda á Marta, que, de pie, en el vano de la ventana, abierta sobre el mar que bramaba en la noche, recortaba su clara silueta en un cielo negro, sin estrellas; sólo se percibían como onduladas líneas, las blancas crestas de las olas, que se impelían una tras otra en un sordo ruar que se extinguía en el bullir de la espuma entre los guijarros al pie del acantilado.

Antoc, sentado en medio de la habitación, se levantaba á veces para repetir los pasajes que él prefería, cuando Dayel dejaba de cantar, ó de hablar sobre las melopeyas que había escrito, para sostener el lirismo del diálogo poético.

Pero no perdía de vista á Marta Dayel, la hermosa, la amable, la rubia; veía la admiración que él le causaba; y á espaldas del marido (absorto en su obra, entusiasmado por la alegría y la esperanza de haber traducido los sentimientos del poeta, aislado en sus sensaciones de artista inspirado) le dirigía cariñosas miradas.

Algo cansados, Antoc y Dayel habían abandonado el drama. El músico expresaba una vez más su

agradecimiento al glorioso autor, por el gran honor de haberle confiado la partitura de su obra maestra: *la Waina*. No agotaba los elogios sobre la fecundidad del poeta y su genio. Citaba páginas enteras de sus libros y se entusiasmaba elogiando sus bellezas.

— Estoy seguro, Antoc, de que en este tiempo ha de haber compuesto Vd. cosas nuevas y muy hermosas que nosotros no conocemos aún.

— Diga versos, dijo Marta.

— ¡Oh! he trabajado muy poco desde hace algún tiempo. El fin de mi drama me preocupa sobre todo. Sin embargo...

— Ya sabía yo... exclamó Dayel.

Antoc estaba en pie, apoyada la mano sobre la mesa central del salón.

— Yo prefiero las prosas de un ritmo indefinido á los poemas, en el sentido prosódico de la palabra.

— Venga, venga, repitió Marta.

Y el poeta empezó :

LA CANCIÓN VIRIL

« Desde que te vi la tarde primera — desde que te vi incomparablemente bella — en toda la belleza espléndida de tu cuerpo, — en todo el fulgor de tus ojos, brillantes y pálidos — en que florecían violetas y morados lirios; — te adoré.

» No estabas vestida de púrpura — ni ostentabas el esplendor de reales atributos; — desnuda sobre las rocas, te alzabas en pie, radiante al sol que te cuajaba de oro y pedrería; — y más que una diosa, que todas las mujeres del pasado, del presente y del porvenir, eras tú bella.

» El esplendor de tus trenzas de oro pálido, — el carmín cruel y sanguinario de tus labios, — rutilante sobre tus dientes aguzados para las horas de sensualidad — las sabrosas fresas que maduran sobre tus senos — la marmórea magnificencia de tu cuello, de tu pecho jadeante, en ansia de besos — me atrajeron á tí.

» El mar trabajaba en torno tuyo, como un lapidario, para escarcharte de joyas — y deshacía sus espumosas olas en lluvia de glaucas esmeraldas y pálidos peridotos, de ópalos blancos como rayos de luna, de azules zafiros, — para engalanar tu belleza grácil y desnuda.

» Yo quiero estrechar con mis brazos de bronce todos los tesoros que vi brillar sobre la mar espumosa. — Yo quiero robarte á la adoración de las olas que besan tus carnes palpitantes. — Quiero hacer presa en tí, poseerte toda.

» Mis labios recorrerán el altar del amor — besarán tus ojos y aspirarán en su luz pálida tu alma — beberán en tus labios la vida, — gustarán en tus senos los maduros frutos del amor. — Y al fin,

en el rubio y divino triángulo, en el oro de tu sol, en el manantial de inagotable placer, quiero aplacar la sed de tí, la sed que abrasa — desde que me fascinó, sobre las rocas, tu belleza. »

Los ojos osados del poeta, parecían dirigir á Marta el homenaje de aquellas ardientes frases de pasión, que él había reunido como un hábil orfebre, para hacer brillar unas tras otras las luminosas facetas de su rica pedrería, y, con talento de comediante, las hacía valer como hace valer un mercader levantino su pacotilla de latón.

Pero Marta le escuchaba, entornados los ojos, entrevelados por sus húmedas pestañas por una lágrima que la emoción había hecho perlar en el ángulo de sus nacarados párpados.

— ¡Oh amigo mío! — exclamó Dayel, ¿quiere Vd. repetir ese admirable himno pagano? He encontrado un motivo, que quizás sea digno de acompañar la magia de sus palabras. ¡Es soberbio, Marta! ¿no es verdad?

Y vivamente, el musiquillo rubio, se había vuelto á sentar al piano y á hacer sonar sus acordes.

— Repita Vd. desde el principio. Marta puede ir escribiendo.

Y Marta se acercó. Con la pluma en la mano, levantaba sus apasionados ojos hacia el poeta, sus ojos verdes y violáceos, ávidos del amor que él exhalaba y al cual ella daba forma en la precoz

comuni6n de las palabras del poeta que iba transcribiendo, creadora con él de esta nueva belleza en el amor. Marta le pertenecía ya por entero, dominada por sus palabras, caricias que la estremecian, y que ella, desfallecida su voluntad, se hallaba presta á devolver en un loco arrebat0 de su ser, ya poseído.

Mientras Dayel acompañaba al piano las victoriosas estrofas, el poeta en pie, vuelto casi hacia Marta, repetía para ella las frases en que pintaba los encantos más secretos y tentadores de la rubia belleza, con palabras vacías pero llenas de color.

Si : aquella poesía, con su hábil rebuscamiento de epítetos sonoros y de frases imperiosas ó lánguidas á voluntad, parecía un himno pagano de conquistador, un himno de vencedor cuyo triunfo se exalta más, conseguido tras una heroica y deliciosa resistencia.

Todo aquello brillaba, cantaba en ritmos entrecortados, en un brillante combinarse de palabras como armas que se entrecruzan ; era un sonoro choque de armaduras vacías y de panoplias en desorden : un relumbrón de grandes joyas de oropel hechas para héroes de teatro, para encandilar los ojos pasmarotes de la muchedumbre.

— Eso, eso es pasión. ¡Soberbio! *La Canción Viril*, sí, ¡soberbio! Marta. Llega al alma, exclamaba Dayel interrumpiendo su música.

Y tornaba á herir las teclas, siguiendo con todo su cuerpo el movimiento de las estrofas, la cadencia de los motivos declamados con una voz de bronce que se endulzaba en los momentos de ternura.

Antoc fascinaba con su voz y sus ojos á Marta Dayel. Y los ojos de la joven, tamaños abiertos, respondían á sus miradas, impotentes para desviarse del rostro del poeta, mientras su marido repetía:

— Es de una intensidad de deseo irresistible. No conozco nada más hermoso, querida.

No comprendía lo convencional de aquella poesía fabricada de brillantes cabujones, hecha sólo para fascinar el oído sin que nada quedase para el pensamiento, todo palabras vanas y vacías. Y en cambio era él, corazón sencillo y soñador, el verdadero poeta, cuya música daba á toda aquella pedrería falsa un engaste de pasión real, añadiéndole cuanto el otro omitiera: un sentimiento sincero y profundo, el acento del amor sentido y correspondido por un alma enamorada.

Una sonrisa asomó á los labios de Marta, al oír las cándidas frases de admiración de su marido. Hoy Dayel, su Juan de otro tiempo, era inferior á aquel soberbio charlatán que la impresionaba y dominaba. Juan era un imbécil, verdaderamente, con su sencillo entusiasmo por aquel otro, tan

hermoso, tan moreno, tan varonil, aquel atleta de robustas espaldas, á cuyo lado resultaba risible la figurilla rubia grácil é infantil del músico.

Amante lo había sido Dayel y lo era todavía, encantador y dulce, tierno y apasionado; pero ahora desempeñaba el papel de marido, ridículo y enemigo á la vez para los amantes, y cuyas desairadas circunstancias agravaba él.

Y, en el instante de silencio que pesó sobre la rubia pareja y el quizás futuro amante, la última estrofa, el supremo epitalamio de libertinaje, acompañado al piano por el marido, fué á perderse en la playa, en el creciente estruendo de las hinchadas olas del bramante mar.